**Domingo 33º del Tiempo Ordinario (A). 19.11.2017: Mateo 25,14-30.**

***“Un talento son 6.000 denarios”.* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Un talento de los tiempos de Jesús equivalía a seis mil denarios o seis mil días de trabajo. Unos dieciocho años de trabajo garantizado. Estos datos del dinero sirven como referencia para siempre y para todos cuantos se atreven a pensar las cosas más elementales. Estos datos forman parte del mensaje de una parábola que puso Mateo en labios de su Jesús de Nazaret: *“El reinado de los cielos es también como un hombre que encomendó su hacienda a otros hombres…”* (Mateo 25,14-30).

Este texto de la narración de Mateo forma parte del vigésimo quinto capítulo de su Evangelio y del quinto discurso que este Jesús del Evangelista regala a sus discípulos mientras andan sentados en el monte de los Olivos a las afueras del tempo de Jerusalén. La parábola que leemos en el nuevo domingo y sus celebraciones es la segunda de las tres de este capítulo. Con la tercera parábola se nos acabará el año que la iglesia ha destinado a leer este Evangelio.

Este Jesús de Mateo es un nuevo Moisés que trae, no bajo su brazo, sino dentro de sus adentros una nueva experiencia viva de la fe, que es creer y confiar en el otro, en sí mismo y en todo ser humano. Este hombre de carne y hueso, como cualquiera de los seres humanos nacido de una mujer, es el que nos ha regalado toda su hacienda. Todo su patrimonio. Toda su persona y su vida (Mateo 25,14 y siguientes).

En cambio, alguien no ha creído ni se ha fiado de este laico de Galilea, como se dice en la narración de la parábola tan acertadamente, creo: *“Sé que eres un hombre duro, cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso, me dio miedo y escondí bajo tierra tu talento”* (Mateo 25,24-25). Tengo que recordar que esta parábola, como las tres de este capítulo, está contada por Jesús a sus propios seguidores. A todos los de entonces, mujeres incluidas, y a todos los de todos los tiempos, hombres y mujeres que afirman de una o de otra manera que Jesús de Nazaret sigue vivo en sus adentros de persona que respira y decide.

Y ahora me pregunto por eso de ‘el miedo’. ¿Qué humano, ¡de sentido común!, se atreve a tener miedo de alguien que le ha regalado, regalado gratuitamente como lo es todo regalo, la seguridad de unos dieciocho años de trabajo? ¿Es humano y de sentido común rechazar tanto cariño, tanta generosidad…, tanta humanidad? Tal vez, me lo medito en mis adentros, es muy posible que más de uno pueda tener miedo a ser un poco bueno, un poco generoso, un poco solidario. Ese miedo…, me da miedo por la razón sencilla de que deshumaniza profundamente.

Con la lectura del texto de este capítulo vigésimo quinto se acabará la lectura del llamado ‘Evangelio de Mateo’. Si uno consulta en su Biblia esta realidad, caerá en la cuente de que no es cierto que la narración de Mateo acabe aquí con el llamado ‘juicio final’ del que se han publicado cientos de miles de comentarios en la tradición de la iglesia que nos han ‘metido el miedo en el cuerpo’, como se dice popularmente. ¿Acaso puede olvidarse el juicio final de la capilla sixtina de los Concilios Vaticanos? ¿O la narración del Dante en su Divina Comedia? ¿O las deshumanizadas afirmaciones de Tomás de Aquino cuando afirma que las mayores satisfacciones de ‘los santos en el cielo’ son los tormentos de los condenados en el infierno?

**Domingo 52º del Evangelio de Marcos (12.11.2017): Marcos 16,1-8.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Ahora que parece que este Evangelio se acaba constatamos, por obra y sabiduría literaria y teológica de su autora, que no es así, que no se acaba, que vuelve de nuevo a empezar, porque hay que volver y volverse a Galilea. A la Galilea tierra y región de los galileos como Jesús y su familia. Y a la Galilea donde se evangeliza (no donde se sacramentaliza) que es donde vive siempre la buena noticia que es Jesús de Nazaret.

La página última del relato de María Magdalena sobre Jesús de Nazaret sabemos que empieza así: *“Pasado el sábado, María Magdalena, Salomé y María la de Santiago… El primer día de la semana, muy de mañana, van al sepulcro…”* (Marcos 16.1-2). En cambio no sabemos dónde acaba esta página última del Evangelio. Aparentemente se pueden leer las últimas expresiones escritas, que son éstas: *“Las mujeres salieron huyendo del sepulcro… Tenían miedo y estaban sobrecogidas y no dijeron nada a nadie…”* (Marcos 16,8).

El sepulcro está vacío y aquellas tres mujeres lo han abandonado. El sepultado Jesús de Nazaret no está. Todo ha terminado, parece. Sin embargo, la habilidad narradora nos ha dejado la puerta de aquel sepulcro muy abierta. Tan abierta ha quedado que nunca se va a cerrar y abierta sigue aún.

Sorprendente la narración, el testimonio y la fe de aquellas mujeres y de quien nos cuenta estas cosas: *“Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado. No está aquí. Ved el lugar donde lo pusieron. Id a decir a sus discípulos, ¡y a Pedro!, que irá delante de vosotras a Galilea. Allí le veréis…”* (Marcos 16,6-7).

Aquel sepulcro estaba en la ciudad de Jerusalén y la puerta se abrió para volver a des-andar el camino hasta llegar de nuevo a Galilea. Hasta llegar para leer en el libro ya escrito: *“Llegó Jesús a Galilea y proclamaba el Evangelio… Convertíos y creed en la buena noticia. Y bordeando el mar de Galilea vio a Simón y Andrés…”* (Marcos 1,14-16).

Cuando se comienza esta nueva lectura del Evangelio, aquellas mujeres sabían ya todo lo que sucedió a su Jesús de Nazaret en esta vida de aquí… Y aquí volvieron a encontrarse con él. Lo llevaban dentro, en sus adentros, en su experiencia de fe, y por eso mismo volvieron a encontrarlo allí donde les había hablado y evangelizado.

Aquel Jesús que ellas habían tocado y oído y conocido se les quedó vivo para siempre muy adentro, muy vivo, muy resucitado. Toda esta larga experiencia de vida compartida, ¿qué otra cosa fue, sino la única y plena aparición de aquel hombre de la historia llamado Jesús de Nazaret? Con este hombre a su lado habían aprendido un camino nuevo, no de una ley o religión, sino de un Evangelio.

Todo esto se lo habían escuchado a un joven vestido de blanco, en la mañana del primer día y antes de entrar en el sepulcro. Y se habían fiado de él. Y era verdad que fuera así, porque lo habían constatado al volver a Galilea. ¡Era la vida del propio Jesús que les gritaba tanto, creo!